

EL MOTÍN



Año XXXIV.-Madrid, Jueves, 20 Agosto 1914.-Número 34.

SUCURSAL:
RIVADAVIA, 898
BUENOS AIRES

EL MOTÍN

PERIÓDICO SEMANAL

CON 16 PAGINAS Y CARICATURAS

SE PUBLICA LOS JUEVES

REDACCION Y ADMINISTRACION

ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias, 1,50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1,50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

DE MI PLEITO

No es este el momento oportuno para hablar de él. Todo lo contrario. Pero como cada cual habla del suyo, venga á pelo ó no venga, yo voy á hablar del mío. Y en primer término.

Allá por los meses de Agosto y Octubre del año próximo pasado envié á Buenos Aires libros por valor de 4.683 pesetas; de ellas debían mandarme 2.885.

Creyendo que vendrían pronto, dime á imprimir otros libros. Aparte de que esta es mi manía, no andaba bien de salud, y me preparaba, por si acaso, para asegurar á mis herederos un porvenir de dos ó tres meses, á fin de que no me echasen económicamente de menos el mismo día de partir para el viaje sin vuelta. Hay que ser previsores.

Como aún no he recibido ni una sola peseta de aquel negocio, del que hablé entusiasmado en el número de 26 de Junio de 1913; y como vivo al día, pues cuanto reuno unas pesetas ya las estoy empleando en la propaganda anticlerical, bien en forma de libros ó folletos, bien de láminas, tarjetas postales, Hojitas piadosas, Hojitas anticarlistas, etc, para contrarrestar la que contra nosotros hacen constantemente los clericales, hete aquí que ahora me encuentro...

(Cinco minutos de parada y vacilaciones.)

...Hete aquí que ahora me encuentro...

¿Cómo diablos lo diré?

¡Qué difíciles de abordar son ciertos asuntos! Hace tres meses largos

pensé lo que hoy intento, y un día por esta esperanza, otro por este escrúpulo, he ido aplazando la ejecución.

Y el caso es que me hubiera convenido decidirme al pensarlo, y no ahora que ha estallado la guerra entre los civilizados pueblos europeos, guerra cuyas salpicaduras nos van alcanzando á todos, y que impide oír toda voz que no salga por las bocas del fusil, del cañón...

¡El fusil! Esta palabra ha borrado súbitamente mis vacilaciones, infundiéndome alientos de héroe para disparar el que tengo en la mano hace tres meses.

Y allá va.....

Me encuentro, por las razones antedichas, con un déficit de cuatro mil pesetas.....

¡Solté el disparo!... ¡Respiro!

Me ha costado más que á los alemanes tomar un fuerte en Lieja.

.....

Pues, sí; un déficit apremiante de cuatro mil pesetas, que no sé cómo enjugar.

Si yo fuera ministro de Hacienda, no me preocuparía. Con establecer un impuesto sobre la sal que derramo cuando me ocupo del clero, reuniría millones en un santiamén. (Modestia ante todo).

Si fuera jesuita, me pondría al habla con una viuda rica, aunque imbécil, ó en acecho de un moribundo, exladrón afortunado, y cuestión resuelta.

Y si fuera fraile, tiraría de cimitarra, y mandoble por aquí, estocada por allá, en menos tiempo del que un fl minio necesita para profanar un niño, me encontraría en posesión de lo necesario para empedrar España de libros y folletos.

Pero como no soy ni ministro de Hacienda, ni jesuita, ni fraile, sólo se me ocurre preguntarle á mis amigos, título que alcanza á todos los lectores de EL MOTÍN:

¿Quieren ustedes enjugarme (creo que se dice así en el para mí casi desconocido tecnicismo financiero) ese aterrador déficit, á pesar de que nadie está hoy tranquilo y la crisis del trabajo se inicia y el hambre asoma?

¿No? Pues tan amigos como antes.

¿Sí? Pues les indicaré la manera: comprándome libros á mitad de precio, (la canción de siempre), á escoger entre todos los que enumera-

ré más abajo, algunos vírgenes de todo contacto nefando con los librebreros; es decir, que aún no han sido puestos á la venta.

¿Que si no tengo otro medio de salir del paso? No. Porque no quiero tenerlo. No me juzgará nadie tan necio que ignore las varias teclas que puede tocar un periódico como el que tengo, ¡y en Madrid!, para proporcionarme esa suma.

Mas, lo repito: no quiero. Y por esta razón acudo á mis amigos públicamente (algunos, aunque pocos ya, hubieran preferido que me dirigiese particularmente á ellos), para ver si, á pesar de los inconvenientes apuntados, puedo agenciarme esas pesetas. ¿Lo consigo? Seguiré tranquilamente mi camino. ¿No? Pues ya veré por dónde salgo. En trances peores me he visto, y aquí me tienen ustedes tan campante, escribiendo con igual soltura que en mis primeros tiempos, salvo estos renglones, que voy llenando con lentitud desesperante y premiosidad de idiota.

¿Que si no he caído en la cuenta de que es preferible proporcionarse el dinero por vías ocultas, aunque sean inconfesables, á declarar francamente que no se tiene, porque esto último alegra á los enemigos y á los émulos? Claro que he caído. Aunque tonto, no tanto. ¡Pues apenas si he visto y veo ejemplos de que al dinero nadie le exigió nunca limpieza de sangre para ennoblecerle! A él sí que puede aplicarse con verdadera lógica aquello de: ¿Existo? Luego soy. ¿La procedencia? ¡Bah! ¿Quién piensa, al admirar la mariposa, que procede de un gusano?

Sé también que esto de adquirir dinero sin más intervención que la de las partes contratantes, interesadas en callar, aunque por razón diversa, tiene la ventaja, si llega á traslucirse, de que unos lo creen y otros no, y, á la larga, pocas veces perjudica al que lo recibe; hasta hay quien lo aplaude: al éxito nunca le faltan admiradores. Mientras que intentar adquirirlo á son de trompeta, aparte de otras desventajas, trae la de que, desde aquel momento, se ponen en cuarentena las cualidades relevantes que se le reconocían al sujeto. ¿Qué vale ni qué significa un hombre que no ha sabido enriquecerse, vulgaridad al alcance de tahoneros, ultramarinos, acaparadores, frailes, jesuitas, etcétera etc?.

Y en este punto estamos de acuerdo todos: filósofos, hombres prácticos, servidores de Dios é imbéciles. La frase de Rousseau: *prefiero que me llamen ladrón antes que pobre*, se enlaza con la máxima yanqui: *haz dinero; honradamente, si puedes; y si no, hazlo*; se clavetea con el programa del jesuitismo: *el fin justifica los medios*, y se remacha con el tanto tienes tanto vales, de nuestro fork lore. ¿Quién no sabe esto?

Como se habrá advertido, no ando mal de teorías capitalistas; pero ¡ay! llega el momento de desarrollarlas, y se interponen entre ellas y mi conveniencia una porción de máximas haraposas que paralizan mi acción, y acabo por lo de siempre que me veo en un atranco: *ofrecer libros á mitad de precio*, entregándome, como se ve, á divagaciones extemporáneas para dorar un poco la píldora, en vez de decir, con el orgullo del que tiene conciencia de la labor que ha hecho: «He dado á la democracia y al librepensamiento cuanto he tenido: inteligencia y voluntad. No pido nada: reclamo algo de lo mucho que se me debe».

Mas, como antes indiqué, son tan difíciles de abordar las cuestiones de ochavos, que solicito como gracia de mis amigos, lo que todos los republicanos y librepensadores debieran anticiparse á ofrecirme, para demostrar que sienten la idea del agradecimiento á altas dosis.

Y después de este arranque que no he podido contener, y que indudablemente me convendría borrar, termino este preámbulo, no sea que vaya á desentonar demasiado, y me suelte *Fray Gerundio* esta pullita: «¿Ve usted cómo yo tenía razón en parte?».

Pues como iba diciendo, este último ofrecimiento de libros á mitad de precio se diferencia un poco de los anteriores, pues incluyo en él catorce tomos de una virginidad inmaculada, excepto el primero de *Poesías festivas*, que ya ha coqueteado un poco con el público.

Los tomos vírgenes son estos:

OBRAS NUEVAS DE VARIOS AUTORES

A PESETA

Primer tomo de *Poesías festivas anticlericales*.

2.º id., id.

3.º id., id.

4.º id., id.

Sonetos y romances anticlericales.

Menudencias anticlericales, en verso.

Cantares, epigramas y cuentos anticlericales, en verso.

Chascarrillos anticlericales, en prosa.

DE JOSE NAKENS

A DOS PESETAS

De todo un poco.
Chaparrón de milagros.
Cosas que he dicho.
Más cosas que he dicho.
Picotazos en la cresta.
Trallazos.

Había pensado no ofrecer al público otra obras que éstas, las hechas de un año acá, pero se me ocurre lo siguiente:

Si doy las nuevas á mitad de precio, con más razón debo dar las antiguas. Hay que salir del paso.

Y decido anunciarlas á renglón seguido.

OBRAS ANTIGUAS

A DOS PESETAS

Cartas y dedicatorias.
Cuadros de miseria.
Degradaciones y cobardías.
Humorismo anticlerical.
Mi paso por la cárcel.
Verdades al pueblo (Juan Lanás.)
La celda número 7.
¡Libertad y á ellos!
Muestras de mi estilo.
Milagros comentados.

A PESETA

Espejo moral de clérigos (Manojos de flores místicas.)

TEATRALES

Dios, Patria y rey.

¡Ojo al Cristo!

Y dice el sexto mandamiento.

DE VARIOS AUTORES

A PESETA

La religión al alcance de todos, por Ibarreta.

Ciencia y religión, por Malvert (85 grabados).

Ruinas de Palmira, por Volney.

Testamento del cura Juan Meslier.

Dios ante el sentido común, por el mismo.

La guerra de los dioses, por Evaristo Parry.

Galanterías de la Biblia, por el mismo.

El padre Mir é Ignacio de Loyola, por Pey Ordeix.

Proceso y fin del celibato, por el mismo.

Almanaque del carlismo para los años 1913 á 1999. Con 18 grabados.

Almanaque cómico del carlismo, para los años 1914 á 1999. Con 60 caricaturas.

Biblioteca de la Inquisición

A PESETA

Almanaque de la Inquisición (con 20 láminas).

El Santo Oficio.

Los Autos de Fe, por Roberto Robert.

Quema de brujas en Logroño.

Carne ultrajada y quemada (colección de Autos de Fe).

Despojo, infamia y hoguera (colección de Autos de Fe celebrados por la Inquisición de Córdoba).

Auto general de Fe en Madrid en 1680.

Ahorcados, quemados y robados. (Autos de Fe).

Además pienso esto:

«Tengo existencias de obras de propaganda anticlerical, que nada hacen almacenadas, y que pudieran, puestas en circulación, ganar prosélitos para la causa del anticlericalismo. ¿Porqué no incluirlas aquí también? Mas como de estas se han vendido muchas, y habrá, por consiguiente, pocos lectores de EL MOTIN que no las hayan saboreado, equitativo es ofrecerlas á precio de saldo.»

Y decido anunciarlas de ese modo. Y allá van:

Folleto anticlericales

A QUINCE CÉNTIMOS UNO,
(SE DARÁN A CINCO)

Primera serie

1.º LA VUELTA DE CRISTO, por José Nakens.—2.º LA LUJURIA DEL CLERO, según los Concilios.—3.º EL DIABLO, por Roberto Robert.—4.º CRISTO EN EL VATICANO por Víctor Hugo.—5.º EL ROMANCERO ANTICLERICAL, por varios autores.—6.º PUEBLO Y ARISTOCRACIA, por Pey Ordeix.—7.º HISTORIAS DE LA CORTE CELESTIAL, por Narciso Campillo (primer folleto).—8.º MONITA SECRETA DE LOS JESUITAS.—9.º A UNA MADRE, por Ramón Chies.—10. LA DEMOCRACIA Y LA IGLESIA, por Potvin.

Segunda serie

1.º DIOS, por Suñer y Capdevila.—2.º LOS MILAGROS, por Roberto Robert.—3.º LO QUE SE COMEN LOS CURAS, por Fray Gerundio.—4.º VIAJE AL INFIERNO, por José Nakens.—5.º LA LIBERTAD DE ENSEÑANZA, por Edmundo González Blanco.—6.º LA PAPISA JUANA, por Julio F. Mateo.—7.º SONETOS PIADOSOS por varios.—8.º LAS 67 PREGUNTAS por el célebre teólogo Zapata.—9.º HISTORIAS DE LA CORTE CELESTIAL, por Narciso Campillo (segundo folleto).—10. FRATILES AL DESNUDO.

Tercera serie

LA MORAL Y LA IGLESIA.—LAS COSTUMBRES Y LA IGLESIA.—LA MISERIA Y LA IGLESIA.—LA RIQUEZA Y LA IGLESIA.—LA ESCLAVITUD Y LA IGLESIA.—LA IGNORANCIA Y LA IGLESIA.—EL CRIMEN Y LA IGLESIA.—LA MUJER Y LA IGLESIA.—LA FAMILIA Y LA IGLESIA.—EL CELIBATO Y LA IGLESIA.—LA POLITICA Y LA IGLESIA, todos por Dom Jacobus.

Colección de fieras clericales

A QUINCE CÉNTIMOS FOLLETO,
(SE DARÁN A CINCO)

EL CURA SANTA CRUZ.—SABALLS Y CUCALA.—ROSAS SAMANIEGO Y JERGÓN.—D. ALFONSO Y D.ª NIEVES.—EL CONDE DE ESPAÑA.—CABRERA.—ZUMALACÁRRGUI.—DORREGARAY.

Conferencias de Ingersol

A VEINTICINCO CÉNTIMOS UNA,
(SE DARÁN A CINCO)

*Cómo se fabrican dioses.
Herejes y herejías.
Después de la muerte.*

Láminas en cartulina

Tamaño 74 por 40

(CINCUENTA CÉNTIMOS UNA, A VEINTE)

Auto de Fe celebrado en 1680 en la plaza Mayor de Madrid (copia de un cuadro de Ricci, Museo del Prado).

Los tormentos que aplicaba la Inquisición.— El inquisidor general Pedro Arbués condenado a la hoguera a una familia de herejes. (Cuadro de Guillermo Kaubach.)

Tamaño 40 por 15

(VEINTICINCO CÉNTIMOS UNA, A DIEZ)

Auto de fe, presidido por Santo Domingo de Guzmán (Cuadro de Bruguete, Museo del Prado).

Fusilamiento de Rizal en Filipinas.

El quemadero.

El tormento de la polea.

La Saint Barthélémy.

El tormento del aspa.

Auto de fe en España en la Edad Media (Cuadro de Robert Fleury.)

Abjuración de Galileo (Cuadro de Robert Fleury en el Museo del Luxemburgo).

Los emparejados de Carcasona.

Jordano Bruno ante sus jueces.

El tormento del caballete.

Tres láminas más, con un aparato de tormento y sus aplicaciones.

Jóvenes quemadas vivas en Valladolid.

El doctor Calzadilla en el tormento.

Suplicio de Arnaldo de Brescia.

Jerónimo de Praga en el tormento.

Asesinato del gobernador civil de Burgos por los clericales en 1869.

Juan Hus ante el Concilio de Constanza, de donde salió para la hoguera.

Antiguos servicios a la Libertad que se premian al presente.

Emparedamiento de una monja.

El tormento del potro.

Suplicio de Laumer y Ridley en Inglaterra.

El tormento del fuego.

El Papa Dámaso dirigiendo la matanza de herejes.

Tormento inquisitorial presidido por el Papa Pío V en Roma.

Matanza de judíos en Barcelona en el reinado de Juan I de Aragón.

Auto de fe en Goa (Portugal).

Algunas de las muchas maneras de dar tormento que tenía el Santo Oficio.

Sala de Audiencia de la Inquisición.

Juana de Arco en el suplicio.

Procesión de un Auto de fe en Goa.

El juicio de los herejes.

Tormento del agua, aplicado al Bachiller Antonio Medrano en 22 de Mayo de 1582.

Tormento de una hechicera en la Edad Media.

Felipe II presenciando la quema de los Relajados en el Auto de 8 de Octubre de 1559 en Valladolid.

Auto de fe. Cuadro de F. Reiff.

Antonio Pérez, ex ministro de Felipe II, en la sala del tormento.

Monja condenada a muerte en el linpaca.

Auto de fe en Goa (Portugal).

Alegoría de la Inquisición. Cuadro de Eugenio Lucas.

El fraile franciscano Bernardo Delicioso en la Inquisición de Albi.

Suplicio de Jordano Bruno en Roma.

El cardenal de Lorena recibiendo la cabeza de Coligny.

El Papa Gregorio el Grande, castigando a un monje.

Saco de Roma, cuadro de Amérigo. Episodio de una matanza de judíos en la Edad Media. Suplicio de fray G. Savorola.

Postales anticlericales

(CINCUENTA CÉNTIMOS LA COLECCIÓN DE DIEZ.— A VEINTE)

Tres colecciones.

Tanto los *Folleto*s como las *Láminas*, se servirán también sueltos.

Glorias del carlismo

(HOJITAS CON LÁMINA, CINCUENTA CÉNTIMOS EL CIENTO.— A VEINTE)

1.^a Fusilamiento de prisioneros de la columna Nouvillas en 1874.

2.^a Fusilamiento de jefes y oficiales prisioneros en Bujaet en 1837.

3.^a Saqueo de Cuenca en 1874.

4.^a Acuchillamiento en Noguera de 65 hombres, en 1835.

5.^a Los prisioneros de la acción Herrero, en 1837, suplican a los carlistas que los asesinen.

6.^a Empluman los carlistas a tres mujeres en Tolosa, en 1874.

7.^a Fusilamiento de 145 oficiales y soldados en Alcotas, en 1836.

8.^a El coronel Alonso cargando con los soldados que no podían andar, en 1837.

La dictadura, folleto político de Nakens

15 céntimos.— A cinco.

Y aquí termina la relación de cuánto hay en esta casa, y que se enviará HASTA FIN DE SEPTIEMBRE en la Península, y hasta fin de Octubre en América, a los precios indicados, volviendo después *las cosas al ser y estado que tenían ayer* (Domingo, 16 de Agosto de 1914), si es que antes no han conseguido las *civilizadas* naciones europeas indignar de tal modo al planeta, que haga estallar en mil pedazos este continente donde con tan bárbaro entusiasmo se exterminan aquellos que se jactaban de ser los más sabios y los más cultos, y a los cuales debíamos imitar los españoles.

JOSÉ NAKENS

Invitación al Paraíso

Antes de comenzar hoy a hablar de *guerras, desolaciones y fieros males*, quiero aplicar a mis lectores el anestésico de una sonrisa, pues de seguro se la arrancará el relato de lo que me ocurrió el viernes.

Vino a verme un amigo y me dijo:

—Esta noche va usted a hacer una calaverada.

—¡Yo! Ojalá pudiera.

—Va usted a entrar conmigo en el Paraíso.

—¡En el Paraíso! Ya sabe usted que tengo cerrada sus puertas. Esto aparte de que para entrar hay que morirse previamente, y yo no tengo

prisa en hacer esa tontería. Muérase usted si quiere.

Mi amigo, que escuchaba sonriente, me replicó:

—No se trata de ese Paraíso, sino del Cine que lleva tal nombre en la calle de Alcalá, esquina a la de Goya. Es un cine aristocrático: a peseta la butaca. Calcule usted si el público será selecto.

—Ya sabe usted que no asisto hace años a espectáculos de ninguna clase; me divierte más leer las sesiones del Congreso. Pero, en fin, dígame usted por qué ese empeño en que vaya, y quizás...

Por que pase usted un buen rato oyendo a la coupletista Pilar García, que tiene mucha gracia...

—Lo supongo, puesto que sólo necesita trastocar una letra de su apellido para meter en él toda la Gracia. Y con mayúscula.

—Canta una copla que ni compuesta por usted; copla que el público aplaude a rabiar, haciéndosela repetir todas las noches. Una copla...

—¡Venga de ahí!... ¡Suéltela usted ya!

—Allá va:

A la puerta del convento

hay escrito con carbón:

*«¡aquí se pide pa Cristo,
y no se da ni pa Dios!»*

—¡Ja, ja, ja!

—¿Verdad que tiene gracia?

—¡Ja, ja, ja!... ¡Por arrobas! ¡Como que es mía!

—¿De usted?

—Sí; hace unos veinte años, cuando se parodiaron en EL MOTÍN varios cantares populares con el título de *Cante místico-flamenco*, esa copla figuraba la primera en el folleto que con todas hice... La han variado un poco, pero no está mal. Vea usted cómo la escribí yo:

A la puerta de la iglesia

hay escrito con carbón:

*«aquí se le pide a Cristo
y no se le da ni a Dios.»*

—Sí que tiene salero el que una copla de EL MOTÍN se cante y se aplauda hoy en un cine a donde concurre gente de buena posición. ¡Qué cosas tan extrañas ocurren!

—Sí, pero esta no lo es. Ninguna tan explicable.

—¿Explicable que católicos y católicas, (por que de fijo lo son cuantos van allí), aplaudan y hagan repetir una copla como esa?

—Y tan explicable. Tal vez si se compusiera de impíos el público no les hiciese tanta gracia, por no poder penetrar bien el intríngulis económico de esa copla.

—Explíquese usted.

—Nadie tan reventado hoy como los católicos de buena posición. Hace tiempo escribí un artículo compadeciéndolos. Habría que oírlos cuando están solos, renegando hasta del cura que los bautizó. El párroco,

que les pide para revocar la fachada de la iglesia; el fraile, que los *sablancea* para acabar el convento; el jesuita, que los saquea para sostener la Buena Prensa. Cuando, la Hermana del Asilo de Arrepentidas; cuando, la de las Trinitarias; cuando, la de San Vicente de Paul; cuando, la de San Luis Gonzaga, etc., etc., que llegan tendiendo siempre la mano... Ora, la novena que hay que celebrar en honor de éste ó aquél ciudadano de la Corte celestial; ora, la fiesta del Patrono del barrio... Ora, las flores de Mayo. Un día Tedeum; otro Congreso Eucarístico. La niña, que toma la primera comunión; el niño, que sienta plaza de luis. La misa que hay que decir por éste ó aquél difunto de la familia, las...

—¿Pero qué hay más todavía? me interrumpió mi amigo.

—¿Que si hay? En una semana no acabaría de enumerar todas las socialinas de que son víctimas los católicos acomodados. Prosigo. Las Bodas de Plata y las de Oro del Papa, y las del Obispo de la diócesis; los aniversarios de la ordenación de ambos; la compra de Bulas; el dinero de San Pedro; las misiones; el santo del confesor de la señora; los cepillos colocados en los templos, que dejan en mantillas en lo de innumerables á los mártires de Zaragoza; la devoción á la imagen de moda, que ahora lo es en Madrid el Niño Jesús de Praga; el Santo Sepulcro; el manicomio de Ciempozuelos... Las...

—¡Calle usted ya por Dios!

—Las Juntas de Damas con este ó aquel pretexto piadoso; las cofradías, la Adoración nocturna, la...

—¡O se calla usted, ó me voy!

—Aunque hay tela que cortar, voy á complacerle.

—Se lo agradezco.

—Habrá día que no cese de sonar en sus casas la campanilla anunciando tres ó cuatro visitas de pedigüeños á quienes hay que poner buena cara y darles lo que pidan, so pena de perder la fama de buenos católicos, lo que equivaldría para ellos á la muerte civil en la sociedad que frecuentan.

—Sí, sí; todo eso es verdad; mas no me explica por qué aplauden tanto su copla.

—La aplauden, porque les llega á lo vivo; porque pone un pie encima á las hormigas que despojan su granero, cosa que ellos no pueden hacer; porque aprovechan la ocasión para resarcirse en carcajadas en público, de las lágrimas que el incesante saqueo les hace derramar en secreto.

—¡Pinta usted de un modo las cosas!

—A veces pienso si todo el odio y la saña que los clericales sintieron y sienten aún contra los autores de

la Semana Trágica en Barcelona, será porque, después de haber despertado en sus bolsillos la esperanza de que iban á librarlos de frailes y hermanas, se contentaron con quemar algunos conventos.

—Tiene gracia la deducción. Casi tanta como la copla.

—Y á propósito. Aguarde usted dos minutos. Voy á hacerle un regalo,

(Mutis por el foro)

Aquí tiene usted el tomo de *Cantares, epigramas y cuentos anticlericales* en el que he incluido ahora la copla. Véala usted; en la página 7. Hay muchas del mismo corte. Oiga usted algunas:

¡Ay pobrecita de mí
que doy suspiros al aire
y el aire se me los lleva
como mi hacienda los frailes!

El clérigo es como el toro
que donde lo llaman va;
tarde á casa de los pobres,
pronto si huele metal.

Hay dos cosas en el mundo
que no llegan á saciarse;
los labios de mi morena
y el estómago de un fraile!

Cuando se muere a'gún probe,
¡qué solito va el entierro!,
y cuando se muere un rico,
¡qué plaga le reverendos!

Corre y dile á esa mujé
que no vaya á ver las monjas,
que si empiezan á pedir,
ni Dios las tapa la boca.

Del coche á la ventanilla
pasó un fraile por aquí;
llevaba una mano fuera;
por eso lo conocí.

También hay algunas soleares muy resalás.

Lo ví por la serranía;
¡la mosca que aquel fraileco
afanaba y recogía!

Er dinero es un mareo;
en cuanto uno se lo agencia,
ya tiene detrás á un neo.

Esto no lo manda Dios,
que des á gente de Iglesia
lo que gana con sudor.

Por la leche que mamé
te digo que á los frailecos
ni un céntimo les daré.

¿Y seguirías gitanas? Oiga usted tres ó cuatro:

A mis enemigos,
no les manda Dios
mas que un fraile pa que lo mantengan,
por un día ó dos.

Obejitas blancas
y er praito verde,
y el pastor negro que maneja el hato
las deja sin pieles.

Si andas entre curas
pronto has de notar
que tus metales siempre irán á menos,
nunca irán á más.

Subí á la muraya
y me dijo el viento:
«en toa tu vida tendrás ni camisa
si andas entre clérigos.

—Siga, siga usted leyendo, me dijo mi amigo.

—¡Hola! ¿Parece que le gusta esto más que la relación de los *sablanceos* de curas y frailes? Va usted á pasar un buen rato con el librito. Le autorizo para regalárselo á la coupletista del Paraíso.

—¿Mas por qué no viene usted?

—Por que he jurado no entrar en ningún Paraíso... artificial.

—¡Siempre lo mismo! Venga esa mano.

—¡Abur y ojo con las serpientes del Paraíso! ¡Feliz usted, que todavía puede dejarse tentar!

Lucha de valores

En la inmensa catástrofe actual, es demasiado fácil abandonarse á un simplicismo que no debemos aceptar. Suele decirse: esto es el fracaso de Europa, la quiebra de la civilización.—No, de ninguna manera. Al contrario: juzgando con serenidad los hechos, vemos que los elementos de que se forma Europa se han delimitado tal vez para siempre.

Italia, la noble latina, ha establecido la verdadera clave del problema. El momento en que Viviani, en la Cámara de París, pronunció con elogio el nombre de Italia, los diputados, puestos en pie, aplaudieron en delirante ovación; es que pasaba, por encima del monumento histórico, esa abstracción sutil y dulcísima; EUROPA.

Naciones agresoras y naciones agredidas. Aquí está la suprema distinción. Ningún pacifista—como no llegue á la sublime utopía de Tolstoy—sostiene que las naciones propiamente agredidas ó invadidas no deban defenderse. La guerra, en estos casos; es un derecho natural, y las naciones que lo ejercen, no sólo conservan su plena condición de civilizadas, de europeas, sino que se convierten en defensoras del principio de civilización, porque garantizan la integridad de los pueblos y la libertad de los ciudadanos. La guerra, entonces, es obra de paz; es una guerra «en defensa de la paz», así como aquella paz armada era una paz «en defensa de la guerra».

El propio socialismo, en cualquier país libre verdaderamente atacado, no puede ser culpable de abstención si no se opone á la guerra de defensa; porque si la huelga general no fuese mútua entre los países beligerantes, el socialismo de todo país injustamente atacado habría contribuido monstruosamente al triunfo de la fuerza y de la tiranía. Estos conceptos no necesitan demostración. El socialismo, en realidad, está en camino de construir un nuevo derecho de gentes; y la fórmula verdadera de su actuación en caso de guerra debería ser esta: 1.º Impedir las agresiones diplomáticas y las coacciones internacionales. 2.º Favorecer las intervenciones libertadoras y garantizadoras. 3.º Defender las naciones contra los Estados.

Jaurés, en los últimos días de su gloriosa vida, hizo notar la digna conducta de los gobiernos de Inglaterra y Francia, que dieron con sus esfuerzos en favor de la paz y de la conferencia internacional, la fórmula de la civilización, acto de presencia de Europa. Jaurés, si viviese, habría continuado, probablemente, aprobando la conducta de las dos grandes metrópolis occidentales. El caso de Bélgica es concluyente y la historia no lo olvidará. Lieja, tan heroica, ha ejercido de Termópilas en esta lucha tan parecida, como contraste de valores espirituales, á las guerras médicas.

No hay duda: la lucha presente no es ya una contraposición de rivalidades entre monarcas, no es siquiera un certamen cuyo premio sea la hegemonía. Los dos grupos, en sus caracteres esenciales, representan valores de política interior, y no ya sólo de política externa ó diplomática. Si tuviésemos que encontrar precedentes históricos al conflicto actual, acudiríamos, no solo á las guerras napoleónicas, que contrapusieron el viejo y el nuevo régimen, sino también á la guerra de Sucesión, en que Luis XIV y el Imperio, la Casa de Borbón y la de Austria, latinos y germanos, encarnaron, respectivamente, un sentido de «renovación» y un sentido de «conservación».

Se dirá que la colaboración de Rusia es una anomalía ó un contubernio; pero en la alianza de Francia con Rusia hay algo parecido á la ayuda compensadora de un valor espiritual cualitativo (y por tanto materialmente débil) con un valor numérico, cuantitativo, materialmente fuerte, aunque espiritualmente rezagado. Es la eterna unión de alma y cuerpo, de cabeza y brazo. No de otra manera los reyes medievales se aliaron con los burgueses para vencer á la nobleza, no como hoy se alían intelectuales y obreros contra la dorada burguesía. Siempre

el grado primero de una escala de valores tiende á unirse con el tercero contra el segundo. Es toda una fórmula sociológica, que tiene infinitas aplicaciones.

La ausencia de Italia por un lado y la presencia de Inglaterra por el otro aclaran, en el caso presente, la cuestión. La unión de Inglaterra y Francia es un caso insólito, es el olvido de Azincourt, de Ramillies, de Waterlloo.

Desde la unión de Cronwell y Marzolino, las dos naciones occidentales no habían colaborado. La trilogía de esas fuerzas, Francia, Inglaterra, Rusia ¿no sugiere el recuerdo de los Campos Cataláunicos, que salvaron el latinismo y Europa en ese propio Chalons, cuyo suelo retiembla ya bajo la aproximación del enemigo?

Se ha impuesto á España la neutralidad. Me parece bien. Pero no puede imponerse la indiferencia. El Estado español no tomará parte en la lucha. Lo apruebo, lo considero acertadísimo. Pero los españoles han comprendido que en esos campeonatos se debate la suerte futura de nuestro espíritu nacional. ¡Ah! Esas batallas serán grandes votaciones, jornadas rojas de un inmenso Parlamento. Si la victoria pertenece al Triple Acuerdo, ¿cuál será la nueva ley suprema de nuestro mundo occidental?

Prescindamos de la reforma del mapa, ya que las consecuencias geográficas no son difíciles de pronosticar. Las consecuencias políticas, propiamente antropológicas, serán:

I.—Una mayor coincidencia entre la nación (elemento natural, étnico) y el Estado (elemento político), conforme al espíritu que impulsó y produjo la unidad de Italia. La disolución del Imperio Austriaco señalaría históricamente esa revolución.

II.—La sustitución del «poder desde arriba» (dominio), por el «poder desde abajo» (democracia), en la fuente de la soberanía: el triunfo del sentido revolucionario inglés y francés sobre el sentido cesáreo, «divino», imperial. El pontificado laico pasaría al pueblo. Inglaterra, siempre celosa de los fuertes, no permitiría la restauración de un imperialismo francés, aunque fuese republicano. La misma Rusia, que recibiría una fuerte invasión de espíritu occidental, adelantaría en el camino de su necesaria evolución ó revolución; rompería su secular inmovilidad, su estatismo: se «movilizaría» en espíritu, después de haber movilizado sus formidables masas. Habría como un gran «desentumecimiento» de la glacial China europea...

III.—La rivalidad internacional, la competencia, tomaría forma de lu-

cha por la mejora del producto, por la hegemonía de la idea y por la mayor originalidad; sería una puja de innovaciones, sería kulturkampf. La garantía de este cambio sería, probablemente, el gradual desarme, por convenio, como lo propuso ya varias veces Inglaterra, chocando siempre con la negativa de Alemania.

IV.—Una mayor tendencia á la implícita confederación internacional; tendencia nacida de los propios horrores de la reciente guerra; de la coexistencia entre naciones y Estados; del sentido democrático y liberal victorioso. Acaso podría llegarse á la sustitución del Tribunal de la Haya por un arbitraje permanente de las naciones desinteresadas en cada problema, un arbitraje de la Confederación sobre sus miembros, del todo sobre las partes ó cantones; y á la imposición armada de esos arbitrajes, por una Coalición de la Paz. Un Congreso de Viena á la inversa.

V.—La sustitución de la fuerza como ideal deslumbrador (modelo in-moral ofrecido á la imitación de las multitudes,) por la libertad, por el criterio de humanidad y de convivencia.

VI.—La regulación de las relaciones internacionales en virtud de derecho, de tribunal «de pueblos»; como son reguladas por tribunal «de pueblos» las relaciones interindividuales.

Tales podrían ser, en fin, las consecuencias de la lucha presente. De un lado la «Ciudad»; del otro el «Castillo». Desde largos tiempos han batallado. ¿Será éste su último y decisivo combate? ¿No presenciaremos, asombrados y trémulos, el espectáculo de un inmenso 14 de Julio internacional?

GABRIEL ALOMAR

El Vaticano, inerme

Amargas son para todos las consecuencias de esta guerra; pero causa especialísima pena la situación en que va á quedar el Papa, sin nadie apenas para guardia de esa choza cristiana que le sirve de cárcel.

La guardia suiza vaticana ha tenido, en su mayor parte, que marchar á su patria, y la gendarmería pontificia tiene que acudir á prestar servicio al ejército de Víctor Manuel. ¡Que así se ven en estos días incrédulos las armas del santísimo Padre: las unas, á las órdenes de una República librepensadora, y las otras, á las del excomulgado detentador de Roma!

El caso va á ser muy comprometido. Porque si el Pontífice es un monarca que vive en su palacio, va á quedar en desairada situación, sin

soldados que le guarden de un posible ataque de sus enemigos. Y si es un prisionero que vive dentro de su encierro, va á perder algo de seriedad un encarcelamiento que tiene todas las puertas francas.

PEDRO DE RÉPIDE

Crónica de la guerra europea

Desde la cumbre

I

¡Al arma, lector! Cuando suena este grito deja el surco el labrador y el escultor la estatua y corren á la guerra, haciendo del buril y del azadón arma mortífera, si no las hallan más adecuadas.

Misero escritor, sin browning ni puñal, me voy á la guerra con la pluma.

La pluma, que al roce con el papel sacaba chispas de luz, empapada en el pus de la peste puede ser arma la más terrible. Su débil pinchazo puede causar mayor estrago que el del cañón más formidable.

¡A la guerra todos! Todos estamos en ella, pues las guerras de hoy son tales, que en sus levadas no hay exceptuados: ni viejos, ni niños; ni mujeres, ni enfermos; ni sacerdotes, ni baldados.

Todos entramos en guerra, aunque huyamos de ella, pues la guerra entra en todos nosotros.

¡Ya está en España!

Vedla en el pavor del bolsista y en el temblor del negociante y en la exportación de frutos interrumpida y en la fábrica que se cierra por falta de carbón... Vedla ahí... en la prensa, conmovida por la guerra... El periódico noticiero agitándose en caza de novedades; el público esperando ávido... Ved al periódico profesional abandonado en el arroyo, y al sabio, solitario en el aula. ¡A la guerra! Inútil es huir. Inútil es tratar de otras cosas.

Por esto voy á la guerra.

Voy con mi pluma.

Voy á guerrear.

Voy, como español (que «todavía» soy), á las órdenes de los que tenemos como cabezas de la patria, y dentro de las leyes de neutralidad, para no ser fusilado como mal patriota. ¡A la neutralidad! y ¡a la guerra!

Voy á la guerra, neutral según es de ley ahora, mientras nuestro sabio gobierno no ordene otra cosa.

Voy á la guerra: por todas armas, la pluma. Voy á la posición del escritor cronista. Voy á buscar el punto de observación desde el cual domine todo el campo de batalla, que va á fajar la redondez de la tierra.

En la cumbre suprema, desde la

cual el zénit y el nadir aparecen en un mismo plano, ahí levanto mi tienda de campaña.

Desde esta cumbre es ribo.

Desde ella se ve el «Zeppelin» eclipsando al acorazado, como éste eclipsa al submarino.

Desde aquí vemos á los ejércitos de tierra como cintas de hormigas; los areoplanos como bandadas de mosquitos; las escuadras, como renacuajos apenas nacidos; y el planeta rueda á nuestra presencia como pelota lanzada al aire.

Altos debemos estar, según parece.

Muy altos en el espacio. Y también en el tiempo, pues los días son siglos, y las generaciones son alienígenas de la especie.

Desde aquí vamos á escribir la crónica de la guerra. Desde aquí en donde el día que nos alumbraba es todo el siglo xx, y el panorama toda la haz de la tierra.

¡Vamos á la guerra, lector!

Dejemos lo otro. Suspendamos la tarea. Seamos ciudadanos. ¡A la guerra! Y ascendamos hasta la cumbre... ¡Lo que se ve desde ella!

II

Ya lo ves, lector. Aquellas hordas de ayer... aquella invasión llamada de los bárbaros... Son las mismas. Gritan lo mismo. Buscan lo mismo. Hacen lo mismo.

Ahora son más. Las hembras parieron muchos hijos. Los padres los han hecho iguales á ellos.

Son ellos... los de quince siglos atrás; los de cien siglos, los de mil siglos...

Mil siglos atrás esos bárbaros no se llamaban a'emanes, ni franceses, ni austriacos. Entonces en el planeta, recuérdalo, sólo había cuatro imperios y cuatro dinastías; el aguilucho, rey de los aires; el león, rey de las selvas; la serpiente, reina de los litorales de tierra firme, y el tiburón, rey de las aguas.

No había pueblos, sino especies.

Cuando el tiburón formaba sus ejércitos y los lanzaba á través de las aguas, ¡qué devastación entre las especies indígenas!

Cuando las serpientes se erguían y penetraban en campos y valles, ¡qué consternación!; y cuando las manadas de leones caían sobre el campo y cuando el aguilucho tendía sus enjambres, las demás fieras trocaban en llores sus rugidos, en fuga espantada su osadía, en temblor su arrojo.

No murió el tiburón, ni fueron exterminados los leones, ni desapareció la serpiente, ni el condor ha muerto. Murieron sus cuerpos. Sus almas emigraron y se albergaron en el hombre.

Ahí lo tienes: águila en el aire, león en la selva, reptil en el valle,

tiburón en el mar. En todas partes esparce la muerte y siembra el espanto.

...

Había otro emperador legendario: su poderío era envidia de todos los dinastas. Contaban de él que enviaba la muerte con la mirada. Llamábase Basilisco. Ese mito de la fantasía del terror era una profecía. El hombre ha realizado el mito. Donde alcanza su mirada allá clava el proyectil mortífero; y donde no alcanza su mirada natural, alcanza la del prismático y más allá llegan sus disparos.

Míralo, lector. El hombre más hombre es el que mejor tiene encarnados esos cinco espíritus. El que es condor en el aire, león en la selva, serpiente minera en la tierra, tiburón en el mar y en todas partes enviando la muerte con su mirada... ¡Ese es el rey de los hombres, ese es el soberano del pueblo! El pueblo que monopoliza ese genio de cinco espíritus, es el pueblo-rey!

...

Desde esta cumbre del tiempo ¡qué cosas se ven, lector!

¡Qué honor para la especie! Poder llevar la muerte con el rayo de la mirada... ¡qué grande es eso! ¡Qué bestia más insignificante!

El mito del basilisco se ha realizado. El basilisco mitológico era el hombre del siglo xx. ¡Ya murió el mito!

Falta otro mito por realizar. Es aquel de quien dicen que envió la muerte con el pensamiento y con la voluntad. A este mito se rinden todavía los hombres-tiburones-leones-serpientes-aguiluchos-y-basiliscos. Ante él se sienten anonadados y le adoran y le invocan y le aclaman para que les deje disponer de esa arma terrible del pensamiento mortífero. Lo llaman Dios, y no pudiendo vencerlo con zarpazos ni con sus disparos, intentan vencerlo con oraciones y hacerlo cautivo de sus intereses.

Para aprisionar á Dios han inventado un arte de guerra, llamado religión. El que llega á tener á Dios de su parte... ¡qué honor! andará salvo de los golpes de sus enemigos: Dios es su coraza. Y en cambio Dios le sirve de instrumento para exterminar al enemigo.

Mira, lector, á los hombres-basiliscos rezando, llorando, haciendo sacrificios...

Disparando á Dios toda suerte de proyectiles, y sitiándole hasta rendirle.

...

¡Lo que se ve desde la cumbre!

Mira... mira, lector... fíjate...

El tiburón más tiburón y el león

más afortunado... el hombre más hombre, el que va á quedar triunfante sobre el campo de la guerra, el bisili:co universal... míralo: se agita furioso en el musgo. Se revuelve como alacrán. Grita, ruge... Sus ejércitos esperan sus órdenes que no da... Mira por todas partes... maldice los dioses, patea, blasfema...

¿Qué le pasa...?

¡Pobrecillo!... Acaba de picarle en la nariz un mosquito que tenía su trompetilla empapada del pus de un cadáver. Del cadáver del enemigo muerto.

El cadáver crió el pus y atrajo con su olor al mosquito. El mosquito fué á picar al León de los Leones. Y el león de los leones muere entre convulsiones rabiosas...

¡Lo que se ve desde la cumbre...!

Más grande que el grande es el pequeño. El mínimo es más fuerte que el máximo. El pueblo que venció á las grandes fieras baila las contorsiones del cólera y de la peste.

La guerra es sabia. Enseña muchas cosas.

S. PEY ORDEIX

Uno como hay muchos

I

Habrà como tres años tuve ocasión de conocer á un señor cura, qué había sido fraile, y que, además de otras torpezas no menos censurables, había cometido la de huir el bulto cuando la degollina.

Mi hombre había nacido el día 4 de Diciembre de no sé qué año, y siempre que escribía algo, firmaba: «Silvestre de Santa Bárbara,» y en seguida el apellido. Es decir, que D. Silvestre no se llamaba bárbaro porque no le parecía justo. Verdad es que nunca necesitó firmar de aquel modo para que todos le conocieran.

No me detendré en describir sus cualidades personales, que darían materia para un libro más dramático que cualquiera de los de Fernández y Gonzalez; para muestra baste un botón; baste decir que D. Silvestre se abanicaba con una sartén, y comía el arroz con tenacillas.

Desde el momento en que le conocí, pensé estudiar la familia por el tipo, ó mejor dicho, comprender á toda la respetable clase, procurando comprender á aquel hombre.

Pero pronto me convencí de que á través de una sotana es imposible ver lo que puede verse á través de un gabán ó de un chaleco. No hay que dudarlo; un cura no es un hombre. No es más que un cura.

Oigan usted s cómo pensaba don Silvestre.

II

En mi afán de buscarle en todos los terrenos, para ver si le encontraba en alguno, le hablé un día del proletariado y de la mendicidad.

—Respecto á eso—me dijo mi amigo—yo no tengo más que una opinión, un axioma que no debe usted olvidar nunca; una receta que siempre me dió excelentes resultados.

—Veamos—le dije—soy todo oídos.

—«¡Con los pobres, poca conversacion y paso largo!»

No pude menos de observar que si el axioma de D. Silvestre no era muy católico en lo concerniente á caridad bien entendida, cuando menos tenía las ventajas de la economía, y váyase lo uno por lo otro.

Otra vez le dirigí la siguiente pregunta:

—¿A qué hora cree usted que se debe de comer?

—Siempre que uno tiene ganas—me dijo.—Y luego como rectificando—añadió:—O mejor dicho: ¡siempre!

Como se ve D. Silvestre era un grande hombre.

Al principiar estos renglones he olvidado decir que conocí á Don Silvestre en un pueblo de Aragón, de que mi amigo era cura párroco.

—¿Que tal?—le pregunté una tarde que le vi retirarse á su casa algo mohino.

—Mal, hombre, muy mal—me respondió limpiándose el sudor con la mano;—en este pueblo no se muere nadie, ni hay una boda, ni nada. ¡Hay para renegar del oficio!

Hasta entonces ignoraba yo que fuera un oficio el sacerdocio.

Por último, vaya un sublime rasgo de mi amigo.

Fué una pobre mujer á verle, y con lágrimas en los ojos, le dijo:

—¡Ay señor D. Silvestre de mi corazón! Ya recordará usted que mi esposo murió tal día como hoy, el año pasado:

—Sí, hija mía, sí, lo recuerdo perfectamente.

—Pues bien, yo quisiera que dijera usted una misa en sufragio de su alma.

—No hay inconveniente, mujer, no hay inconveniente.

—Pero es el caso—dijo la pobre mujer dándole vueltas á un pico del delantal—que yo no puedo gastar mucho dinero...

—¡Bah!—dijo D. Silvestre—ya sabes que yo nunca llevo más de una peseta por ese sufragio.

—¡Qué! D. Silvestre! Si á mi prima la Pepa le dijo usted dos misas hace pocos días por menos de eso.

—¡Bah! ¡bah!—exclamó D. Silvestre moviéndose en su poltrona—¡ya me acuerdo! ¡misitas de poco más ó menos, sin evangelio y á mitad de precio!

III

No hablemos más de aquel caballero particular. He dicho de él lo que queda escrito para llegar á la conclusión siguiente:

En el pueblo, entré sus amigos, en la provincia, y aun en la prensa neocatólica, D. Silvestre está considerado como un sacerdote de reconocida ilustración, de grandes virtudes y de cariñoso trato para sus feligreses.

Por el hilo se saca el ovillo. En España hay dos ó tres mil individuos como mi amigo, que han debido nacer el día 4 de Diciembre.

Ahora bien; si en un país católico hay representantes tales del catolicismo, y el país (aunque no todo) los admira como sabios y como buenos sujetos, el escritor que no tenga supersticiones está autorizado para emborronar páginas con las manchas de la sotana española. Adelante, pues, y caiga el que caiga.

EUSEBIO BLASCO

Escena de familia

En mil ocasiones el pobre ciudadano ha de jugarse la hacienda, el empleo, el destino y el pan de su casa. Los preludios de estas decisiones ¡qué tristes son en las familias miserables!

Ahora ocurre al Kaiser algo parecido, según esta anécdota que publica *La Epoca*:

«Cuenta un cronista que al volver el Kaiser de Kiel, la semana pasada, con el rostro pálido y convulso, la muchedumbre, apiñada, lo recibió con silencioso respeto, que súbitamente se cambió en frenéticas aclamaciones, cuando apareció el Príncipe heredero, irguiendo su arrogante figura ante los jinetes de su escolta y saludando con la mano al pueblo enloquecido.

«Y dicen que por la noche, hubo una escena trágica entre el Emperador y el Príncipe.

«Señor—decía el Príncipe heredero apremiando á su padre á declarar la guerra—: va en ello vuestra corona, y acaso vuestra vida.»

Y el Emperador, serio y grave, contestó: «¡Hijo mío: la vida del Imperio es la que va á jugar!»

La escena debió ser triste.

Sin embargo, muchos millares de jefes de familia firmarían la suerte que puede esperar á la augusta familia del Kaiser.

La pérdida del Imperio sería á lo sumo perder la facultad de trastornar el mundo con guerras.

ALMANAQUE
cómico DEL CARLISMO
para 1914

con sesenta caricaturas

Precio: 1 peseta.



El sacerdote pregunta si está en casa la señora, que le ha citado para consultarle un caso de conciencia.



Siento haberle molestado, pero como mi marido me impide ir á la iglesia... Hoy que es domingo... Gracias, señor cura.



No hay de qué, señora. Tenemos el deber de acudir á donde quiera que nos llame un alma afligida. Puede usted comenzar.



Voy á darle un susto á ese señor. Verás cuánto vamos á reirnos. Como es en broma, no se incomodará.



—¡Cielos! ¡Muerto soy!—¿Qué habéis hecho?—¿Ha sido una broma!... Vd. perdone, señor cura. Los educa tan mal su padre!...



—¿Con que una broma? ¡Cara os va á salir!...—¡Por Dios, señor cura! Yo los castigaré. —¿Con que una broma?—¡Huyamos!...

Niños mal educados Broma de mal gusto

¿NOTICIAS?...

Se publican muchas y unas á otras se dicen que son falsas. Las francesas de origen ponen á los alemanes de brutos y crueles que no hay por donde ahorcarlos; las de los alemanes dicen lo propio de los franceses.

Escaramuzas, copos, copitos, fusilamientos, incendios, bombardeos... De esto hay noticias á centenares, que á los tres días resultan falsas una porción de ellas, y que en todo caso son como el aperitivo de la guerra. Los platos fuertes vendrán después.

La noticia más interesante de las que el lunes circulan, es la que sigue:

El Japón contra Alemania

Tokio 16

«La nota «ultimatum» que el Gobierno del Japón, por conducto de su embajador en Berlín, ha dirigido al de Alemania, dice textualmente lo que sigue:

Primero. El Gabinete de Berlín retirará inmediatamente de las aguas japonesas y chinas todos los buques que en ellas tienen, ó los desarmará por completo.

Segundo. En el plazo de un mes evacuarán las fuerzas alemanas los territorios que en calidad de protectorado ocupan en Kiaotchen, territorios que el Gobierno japonés restituirá temporalmente á China.»

En la declaración que acompaña á este «ultimatum», el Japón insiste en la necesidad de que Alemania respete los intereses en virtud de los cuales se firmó el Tratado de alianza anglo-japonés, y también se dice que evitará Alemania cualquier trastorno que por su causa pueda surgir en los mares del Extremo Oriente.

Y se dice que el Gobierno japonés, antes de obrar como lo ha hecho, se puso de perfecto acuerdo en Inglaterra.»

Si resultare verdad todo esto, influiría poderosamente en la marcha de la guerra.

Un artículo de Clemenceau

«Ha llegado la hora de las graves resoluciones. En efecto, se trata, para Francia, de la vida ó la muerte.

Nosotros fuimos vencidos, desmembrados, aplastados, en 1871. Después de verter hasta nuestra última gota de sangre, hemos tratado de resucitar; y después de cuarenta años, á veces bien, á veces mal, hemos vivido. Pero esta vida es nuestro crimen á los ojos de aquellos que creían haber terminado para

siempre con nosotros. Antes de cuatro años, después de la paz de Francofort, el hombre que se creía dueño de Europa trató de acabar con nosotros. Y lo hubiera hecho á sangre fría, como su sucesor hace ejecutar á los servios ahora, si Rusia é Inglaterra no hubiesen intervenido. El mundo civilizado nos debe el testimonio de que, durante cuarenta años hemos sido en el continente europeo un instrumento de paz. Hemos trabajado con una buena voluntad incansable entre los errores y las faltas peculiares del hombre de todos los países, para organizar é implantar sólidamente entre nosotros un régimen de democracia creador del orden en la patria, por la libertad, con la esperanza de que una labor obstinada nos mantendría entre los pueblos la plaza á que nuestra historia nos dice que tenemos derecho.

Sobre esta obra hemos de descartar, en este momento, la apreciación de los partidos. Cualquiera que sean nuestras afrentosas desgarraduras del pasado, el peligro es demasiado grande en esta hora decisiva, para que, movidos de un mismo deseo todos los franceses, vengan de donde vengan, vayan á donde vayan, no se presenten en las fronteras fundidos en alma y corazón, en una sola voluntad de suprema energía. Esa solamente es la fuerza moral que puede hacernos superiores á todo. Cuando el país por nosotros haya encontrado la libre posesión de sí mismo, nosotros reanudaremos nuestras luchas, que son el honor del pensamiento francés, puesto que acusan una busca apasionada en pro del ideal del ennoblecimiento humano. Pero en otras condiciones, hasta que el sacrificio total de nosotros mismos haya forjado y amartillado el metal del arma francesa, nosotros no queremos, nosotros no podemos dividarnos más que en amigos. Eso será mañana. Hace falta afrontar el hoy.

Hoy no puede haber dos franceses que se odien. Es el tiempo de que conozcamos el placer de amarnos. De amarnos por lo que hay de más grande en nosotros: el deber de atestiguar ante los hombres que no hemos degenerado de nuestros padres y que nuestros hijos no habrán de bajar los ojos cuando les hablen de nosotros. Nuestras mismas faltas, cuyo vano reparto pertenece á la Historia, no puede más que poner en el corazón un loco deseo de coronarlas de una tal virtud cívica y militar, en la que se descubre un elemento de grandeza. Ni recriminaciones, ni frases grandilocuentes, ni deseos de morir. Basta de palabras. Actos, actos reflexivos, de prudencia ordenada y de acción sin retroceso.

Cinco veces repetidas, desde que

vimos los soldados alemanes en París, el orden europeo se ha visto amenazado por la espada germánica sin la excusa de la más ligera provocación por parte nuestra. Hemos llegado á ser dueños de nosotros mismos, y cuando el honor nos ha recomendado la resistencia, hemos cumplido este deber con la sencillez de hombres en los que la sangre de una gran raza hace latir el corazón. ¿Qué se nos quiere hoy? Nosotros vivíamos en paz. Atentos á la organización de nuestra defensa, nada partió de nosotros que pudiera indicar un pensamiento de ataque. Y muchas veces, por lo tanto, debimos permanecer impasibles, quedar en silencio, sin un gesto, cuando por encima de los Vosgos nos llegaba la voz de la patria torturada.

Allá abajo, al otro lado del Rhin, una nación grande y fuerte, que tiene el derecho de vivir, pero no tiene el de destruir en Europa toda vida independiente, alimenta el delirio de grandeza hasta no tolerar que Francia ose levantar la cabeza cuando ella habla. Alocado de hegemonía, el emperador alemán que dirige sus pueblos con los ojos cerrados, á aventuras cuyo alcance nadie puede comprender, lleva inexcusablemente, como bajo el poder de las invasiones bárbaras, el más cruel golpe á todo lo que ha sido orgullo de los pueblos civilizados. El quiere acabar con Francia, Inglaterra y Rusia, ignorando que no se acaba con los pueblos; que no se puede aniquilar, sino asimilar. Apoyado en la incoherente mezcla de razas que el cetro de Viena no puede mantener en la obediencia, el kaiser pretende hacer que se embistan las dos mitades de Europa, para levantar su trono sangriento sobre las más altas ruinas que la desgracia humana haya podido contemplar.

Ha elegido la hora y ha lanzado á su obediente aliada sobre un pequeño pueblo eslavo, sin defensa, con lo que se ha querido herir á Rusia en lo más vivo de su afinidad de raza y de tradiciones de solidaridad eslava; que ella rechaza la mano tendida de la Servia: su autoridad, sus tradiciones históricas, sus esperanzas profundamente grabadas en el corazón del más grande al más pequeño. Y todo se hunde en un día, y las naciones balcánicas de Oriente á Occidente, que forman el puente de Europa á Asia, caen en el regazo del emperador alemán, siempre dispuesto á volverse contra las civilizaciones de los jóvenes pueblos que en la Revolución francesa habían puesto sus esperanzas del porvenir.

¿Pero de qué sirve lamentarse? En un espacio de tiempo, increíblemente corto, nos hemos visto obli-

gados á tomar, bajo la presión de necesidades, á las que no podíamos sustraernos, una resolución que, por si ó por no, va á exponer la existencia de nuestro país á acontecimientos desconocidos. Rusia podía elegir entre el suicidio y la resistencia. Nuestro caso no es diferente. Un escalonamiento de fechas todo lo más. Austria y Alemania sucesivamente vencidas — Austria vencida dos veces, pues la peor derrota es la esclavitud —, Alemania está condenada por la inflexible ley que perdió á Napoleón, á querer siempre engrandecerse. El turno lo he llegado á Rusia, y si Rusia, sola, debía ser destruida, el aniquilamiento de Francia no sería más que una cuestión de hora á elegir. Vendría, en fin, Inglaterra, quien no teniendo Armada continental, se vería reducida á sufrir del emperador alemán lo que no aceptó de Napoleón.

El instante, que no puede acusarnos de haberlo buscado, es decisivo para Europa; pues la misma pregunta se puede hacer á todos los pueblos, hasta á los que luchan contra ellos mismos, combatiéndose: la sumisión ó la independencia. No hay bastante con lamentarse. Si nosotros somos los hombres que pretendemos ser, ha llegado el momento de demostrarlo.

Alemania tiene la superioridad de un método que ninguna desgracia puede modificar; todo lo que puede dar la perseverancia en las preparaciones, ella nos lleva de ventaja. Pero si nosotros le mostramos en 1870 lo que podemos hacer cuando nos tienen cogidos por el cuello, desnudos de todo medio de defensa, podremos hacerle ver esta vez de lo que nosotros somos capaces cuando la fortuna no nos ha desarmado anticipadamente. Es justicia que nuestro pensamiento se vuelva hacia Gambetta. El vió, él hizo días en los que la victoria era dudosa, cuando la afrentosa desnudez de nuestros ejércitos parecía entregarles al enemigo. Esto los vencedores lo han olvidado, para no acordarse más que de los efectos teatrales de Sedan y Metz, que no se volverán á ver: porque la desgracia nos ha rehecho, no otra alma, sí otras fuerzas de voluntad.

CLEMENCEAU

LA INTENCION NO SALVA

Encargo á las señoras piadosas, sean católicas ó protestantes, que piensen pedir al cielo el triunfo de su nación en la guerra sostenida actualmente por la culta Europa, que lean atentamente esta noticia:

«Durante unas rogativas que se celebran en un templo de Bruselas para im-

petrar de Dios el triunfo de las armas belgas, estalló un violento incendio.

La iglesia estaba llena de mujeres, y en la confusión que se produjo al querer huir todas á la vez, murieron 14 y resultaron heridas 50 »

Esto nos enseña que no siempre las buenas intenciones encuentran el premio merecido en este mísero valle de lágrimas, y que el fuego no distingue de iglesias ni teatros.

La era de las transformaciones

Desahogos de Estévanez

El gran Estévanez nos escribe una carta tan juvenil, tan optimista, tan contraria á cuanto se piensa y escribe ahora, atolondradas las gentes por la guerra, que nos decidimos á dar á la publicidad lo que privadamente nos dice el ilustre escritor.

Saber como piensan de estos grandes acontecimientos los hombres de la generación que hizo ó presencié la guerra del 70 nos parece muy interesante. Lo es aún más siendo la opinión la de D. Nicolás Estévanez, hombre avanzadísimo en ideas y que no ha perdido hábitos ni sentimientos militares. Estévanez, patriota y socialista, militar y anarquista, alma joven en cuerpo viejo, espíritu romántico republicano de las virtudes y de los arrestos de los de 1848, es una autoridad, es una voz que merece oírse.

Vencemos deberes de educación y delicadeza publicando una carta privada. Si la guerra que Estévanez no teme desacata el derecho de gentes y penetra en las naciones neutrales, ¿á qué respetar nosotros, admiradores de Estévanez, la neutralidad de su carta privando á los republicanos españoles de su consejo, y, sobre todo, de sus alentadoras esperanzas, de lo que más que profecías (con ser bien lógicas deducciones las suyas) son indicaciones, rumbos, orientaciones: no lo que deseamos que ocurra, sino lo que deseamos que suceda?

Oigamos la voz entera y alegre, entusiasta, juvenil, del gran republicano:

«Desahogo... privado

Querido Roberto: En estos días de emociones, me acuerdo mucho de Violeta, de usted, de todos los pacifistas, á ultranza. Yo no lo soy menos. Pero al fin se convencerán ustedes de que la humanidad de ahora no adelanta un paso como no sea á tiros.

Dentro de dos meses habrá desaparecido el imperio de Austria... Los serbios estarán en Viena... Los alemanes, que quieren apoderarse de Bélgica, de Holanda y del litoral

pe Francia hasta Calais, estarán en Moscú prisioneros.

Rusia, la abominable Rusia, gracias á la pólvora quemada, proclamará ella misma la independencia de Polonia, renunciará á la parte que posee con tal que pierdan las suyas Prusia y Austria.

Los italianos estarán en Trieste... ó habrá república italiana.

Y veremos tres ó cuatro repúblicas germánicas.

Todo esto, gracias á los divinos cañones y á las elocuentes carabinas.

Algún día triunfarán el feminismo, la anarquía y hasta la fraternidad, no por la propaganda, sino por la violencia.

Ya sé que no hay profetas. El propio Bismark anunciaba como próxima la lucha de la ballena británica y el oro moscovita.

Y se han unido el oro y la ballena contra el país de los sargentos y de los filósofos.

Si él se equivocó, puede ser que acierte yo, por lo mismo que no soy diplomático, ni filósofo, ni sargento de caballería.

¡Eal... Vuelven los grandes días... las horas épicas de la humanidad!

A ver si esto los saca á ustedes de la era de los chismes para entrar en la fecunda de las transformaciones.

Y si no, á morir los caballeros.

La vieja España, si no se pone en pie será conquistada á viva fuerza por la república lusitana que va á tomar parte (con Inglaterra) en esta guerra inicial de la edad futura.

Un abrazo de su viejo amigo.

NICOLÁS

El País.

ORIGENES DE LA GUERRA

COMO SE CASTIGA UN CRIMEN

En el *Libro blanco* publicado por Alemania, se confirma la versión. La destrucción de Servia estaba decretada para castigar el crimen de Serajevo. Por un solo crimen fué exterminado el pueblo judío.

De ello dió cuenta á la Cámara francesa el Presidente Viviani, diciendo:

«El origen de la situación actual está en el crimen abominable que ha costado la vida al archiduque heredero de Austria-Hungría y á la duquesa de Hohenberg. De ahí nacieron serias dificultades entre los gabinetes de Viena y de Belgrado. A la mayoría de las potencias no se les informó oficialmente hasta el viernes 24 de Julio, fecha en la cual los embajadores de Austria-Hungría, les entregaron la circular que la Prensa ha publicado. Esta circular tenía por objeto explicar y justificar el «ultimatum» dirigido á Servia la víspera, por la noche, por el ministro de Austria-Hungría

en Belgrado. Ese «ultimatum», afirmaba la complicitad de numerosos súbditos y Asociaciones serbias en el crimen de Serajevo. Insinuaba que no eran extraños á él las mismas autoridades oficiales serbias. Además exigía para el sábado 25 de Julio, á las seis de la tarde, una respuesta de Serbia. Las satisfacciones exigidas, ó por lo menos muchas de ellas, vulneraban indistintamente los derechos de un Estado soberano. Apesar de su carácter excesivo. Serbia declaró el 25 de Julio someterse á ellas casi sin reservas. A esta sumisión, que constituía para Austria-Hungría un éxito y para la paz europea una garantía, no habían sido extraños los consejos de Francia, Rusia é Inglaterra.

Hasta aquí Viviani, que continuó describiendo la marcha de los sucesos con la sorpresa final de la guerra á *outrance*.

Queda, pues, proclamado en Europa un gran principio: un principio redentor; uno de los altos principios de moral social. Nación que consiente un crimen, debe desaparecer.

Esta bellísima teoría internacional bellísima tomada en sentido absoluto, ha sido empañada por una restricción. La causa de la guerra de Austria á Serbia, dice Viviani, ha sido el asesinato del príncipe heredero y de su mujer. Y el Kaiser, en sus cartas al Zar, terminaba la frase diciendo, que era preciso imponer un escarmiento que pusiera las vidas de soberanos al abrigo de tales atentados.

Mi gozo en un pozo, pues por lo visto no es un fin moral el que se persigue, ni un motivo de humanidad el que produjo la guerra. No era el crimen de por sí, sino la calidad de la víctima. Y en este caso...

¡Adiós, humanitarismo!

¡Adiós, justicia!

¡Adiós, civilización!

Estamos como antes del Diluvio. Aquí no ha pasado nada: ni Moisés, ni Mahoma, ni Cristo, ni redención, ni revoluciones, ni democracia...

Según esto, porque allí fué asesinado un personaje, Austria declara la guerra á Serbia, lo cual es reputado por las demás naciones como un crimen mil veces peor que el primero. Alemania quiere impedir que las demás naciones intervengan para evitar el nuevo crimen, y arma sus ejércitos para destruir los Estados que lo intenten. Francia, Rusia é Inglaterra creen que esto es un tercer crimen peor que el segundo, y se arman para defenderse. Y para castigar á Francia, Alemania invade la Bélgica.

¡Y nosotros, los españoles, sometidos en estos instantes á una neutralidad muda!

No podemos fallar quién tiene razón; no podemos juzgar, sino para nuestro capote, si la guerra es un acto de justicia, de locura furiosa, ó una monstruosidad. El Gobierno quiere que seamos neutros. Neutros

de inteligencia; neutros de conciencia.

Nuestro Código prohíbe ensalzar á los autores de un crimen cualquiera.

Pero nuestro Gobierno va más allá: nos impide protestar contra los grandes criminales.

¿Si en la ráfaga de locura que pasa hoy sobre Europa habrá soplado sobre España la del ridículo?

Espada envainada

El Vicario de Dios ha respondido á la guerra universal con un ukase ó bula de universal rogativa, en cuyo texto se dice que se ha de obligar á Dios á devolvernos la paz á fuerza de ruegos.

El santo Pontífice — dicen — está muy contristado. Hasta el Vaticano ha llegado la guerra. No han entrado en él los soldados enemigos, eso no: pero han tenido que marcharse los guardias suizos de la escolta Papal, para incorporarse á los ejércitos de sus países. ¿Cómo no los ha retenido el Papa en la neutralidad de su guardia? ¿Cómo los ha dejado marchar á la guerra promovida por un católico fidelísimo al Papa, que tiene jurada obediencia ciega al Pontífice?

En trances parecidos, cuando un Papa quería de verdad imponer la paz á un príncipe católico, le lanzaba una excomunión enorme, á él, y á todos los que le siguieran, privándole de los sacramentos, poniendo en entredicho las iglesias del reino, arrojando al infierno con Datan, Abiron, Judas el traidor, Caín y el Diablo Cojuelo, á todos los que muriesen en tal guerra. El príncipe quedaba depuesto del trono; los fieles quedaban relevados del juramento de fidelidad; cualquiera podía atentar contra su vida...

Esas eran las armas espirituales terribilísimas con que el Papa intervenía antes los graves conflictos, desenvainando la flamígera espada del anatema.

Pío X conserva ahora en la vaina la espada formidable.

No quiere intervenir; no quiere comprometerse. Y para salvar su compromiso, manda á los católicos que comprometan á Dios á enviar la paz de milagro y en aeroplano.

Y los católicos austriacos piden á Dios el triunfo contra los cismáticos rusos; y éstos le piden que aplaste á los católicos; y los protestantes alemanes que acabe con los de Inglaterra; y éstos que no deje ni rastro de aquéllos... Y todos rezan fervorosos y buscan valedores en Cristo, en su Madre, en los santos...

Supongo, por consiguiente, que

Dios no va á hacer caso á ninguno. Que es lo que yo haría en su puesto.

Del Infierno no es posible obtener noticias del efecto que allá causa la guerra, pero es de suponer que Luzbel, en previsión de las matanzas que van á producirse, haya ordenado á Acaon reforzar el servicio de transportes para atender á la afluencia de condenados, y habrá cursado órdenes al correspondiente ministerio de alojamientos, para hospedar á cada uno en el departamento que le corresponda.

Todo trastornado; tierra, cielo é infierno...

¡Y todo, según dicen, porque tres ó cuatro individuos se pusieron de acuerdo para asesinar é un príncipe!

Lo nimio del pretexto está á la altura de lo horrible de la catástrofe

El miedo á los actos civiles

Muchísimas gentes que se titulan anticlericales no suelen atreverse á llevar á cabo la celebración de actos civiles, fundándose en no sabemos qué temores y reparos. Y lo chocante es que esas gentes comprenden perfectamente que el dinero dado á la Iglesia por morir en sagrado ó por casarse canónicamente, es dinero que va á engrosar las arcas del enemigo. Es más: reconocen la farsa indigna de muchas ceremonias, opuestas por completo á los textos evangélicos y á las predicaciones de los Santos Padres. Hay quienes no se contentan en materia religiosa con la separación de la Iglesia y el Estado, sino que desearían ver arder todos los conventos é iglesias españolas en una inmensa hoguera. También los inquisidores hubieran querido convertir á España en una gran hoguera.

La visible pugna entre lo teórico y lo práctico de la cuestión anticlerical nace principalmente de la falta de entereza en el carácter. Esa valentía que se derrocha en las columnas de la prensa y en la tribuna, suele decaer enteramente al traspasar los umbrales de la casa. Una ligera insinuación de la familia, que en la mayoría de los casos suele ser católica, cuando no el temor de perder antiguas amistades, basta para destruir toda la labor anticlerical de un hombre.

¡Cuántas veces hemos visto que muchos decididos y entusiastas y al parecer de convicciones arraigadas, con ocasión de celebrar su matrimonio civil hanse vuelto atrás en el momento de ponerse los obstáculos en el Juzgado! Esa inconstancia por parte de los que se precian de anticlericales (y á veces de socialistas) dice muy poco en favor de la supremacía del poder civil traída y llevada en discursos y artículos periodísticos, y en esa inconstancia muchos no verán otra cosa sino una manifesta cobardía. Quienes así opinan no van del todo descaminados de la verdad. Porque abominar de curas y frailes, echar pestes de la ingerencia sacerdotal en los asuntos civiles, predicar á cada momento la expulsión de los órdenes religiosos por considerarlas instituciones antihu-

manas, y entregarse después al cura para que santifique la unión matrimonial ó el nacimiento de una criatura del que en términos tan radicales se ha manifestado siempre, significa algo que está bien calificado en el diccionario de la lengua.

Es propio de los españoles hacer lo contrario de lo que se piensa. Educados en un ambiente hipócrita, con la imposición en la escuela de la enseñanza religiosa, quedan en el espíritu reminiscencias de ese ambiente y esa enseñanza, que en los casos de verdadera prueba pónense de relieve en toda su oculta impotencia.

Nuestro pueblo, alcoholizado, degenerado, sumido en la abyección taurina y en los espectáculos de mal gusto, carece casi por completo de potencia cerebral y obra la mayoría de las veces como máquina impulsiva. No sabe dominarse, no sabe ser ciudadano, no sabe ejercitar sus derechos: tan pronto se deja arrebatar por la soberana elocuencia de los tribunos, como se deja imponer sin protesta las más gravosas contribuciones. En esas condiciones la energía inquebrantable de unos cuantos, viene á caer en terreno baldío.

Librepensadores de toda la vida, que han hecho hermosas campañas y grandes sacrificios por librar á su patria de la opresión clerical, llegan al término de la vida casi olvidados por ese pueblo ingrato que no sabe apreciar virilmente la entereza de carácter de esos hombres.

La labor de los librepensadores no ha sido, claro está, completamente estéril; pero no corresponde á los sacrificios hechos. Para demostrarlo en parte, basta ver la apatía general respecto de la celebración de actos civiles. Parece, viendo ese miedo en las gentes, que el cura es el coco ó el sacamantecas de los anticlericales: lo ha brá sido en otros tiempos; hoy ya no.

No sirve desterrar de las conciencias las mentiras convencionales, sociales y políticas si quedan en pie las religiosas. El sentido común y la lógica las repudian igualmente.

LEÓN CEPEDA Y NOVYOL

Un tribunal raro

Cierta mañana de café ocurrió que D. Godofredo del Pie, magistrado de la Audiencia de Liseoval, se extravió en el monte. Buscó el camino mucho tiempo; gritó hasta desgañitarse; tiempo perdido. No sabía dónde estaba, las zarzas le habían desgarrado la levita y se había arañado las manos.

Entonces resolvió caminar en línea recta... «Por fuerza he de encontrar el camino, y aunque no le encuentre, necesariamente llegaré á la conclusión de este monte.»

Caminó así unas dos horas, llegando á una especie de plazoleta. Estaba cansado, debía ser ya medio día, y resolvió descansar un rato. Se tumbó y cerró los ojos...

Cuando despertó le rodeaban tres hombres... ¿Tres hombres? No, tres bandidos, vestidos de harapos, revuelta la pelambre, negra la piel, sucias las manos, armados de fuertes garrotes y el otro de un fusil.

—Señores—imploró el Sr. del Pie; yo...

—¡A callar!—interrumpió uno:—Danos el dinero.

El magistrado no era valiente y vió que era inútil toda resistencia. Sacó el portamonedas. De pronto uno de aquellos hom-

bres, que le miraba atentamente con ojos de fuego, gritó.

—¡Ah, te conozco! ¡Tú eres el juez que á mí, inocente, me condenó en Castorin á tres años de cárcel! ¡Eres tú, tú! Si crees en él, encomienda tu alma á Dios. ¿Ves la rama de esa encina? Pues antes de cinco minutos estarás colgado de ella. ¡Hala!

En menos que se dice el magistrado fué atado, amordazado y tirado en el suelo como un saco. El temor le impedía hasta gemir, y sus ojos, sus grandes ojos redondos, querían escapársele de las órbitas.

—Está bien—dijo el hombre del fusil. Si Jacobo quiere que le ahorquemos, vamos allá; pero yo creo que lo mejor será juzgarle... ¡Puesto que es juez juzguémosle! Jacobo escuchaba quitándose la larga y gruesa cuerda que le sujetaba el pantalón.

—Me parece bien, con tal de que le des pachemos. Tú serás el presidente, Claudio, yo seré el fiscal, y si Juan quiere hacer de abogado, yo no veo inconveniente en ello... Los tres le sentenciaremos. ¡Al avío!

Entonces pasó algo extraño. Al pie de la encina de la que ya pendía una cuerda con un nudo corredizo—tomaron asiento gravemente aquellos hombres de cabellos revueltos, de barbas incultas, cubiertos de harapos, Claudio en medio. Tenían el aire severo de un tribunal. El Sr. del Pie seguía atado, pero le habían quitado la mordaza para que pudiese hablar. Jacobo, el fiscal, dijo lentamente.

—Hace cuatro años—yo no tenía más que dieciocho—el alcalde de Castorin me acusó de un robo que yo no había cometido; este hombre me juzgó. No había pruebas; el fiscal abandonó casi la acusación, pero este hombre era amigo del alcalde, y á pesar de mis protestas, de mis ruegos, me condenó á tres años de cárcel... Por culpa suya yo, que era un buen muchacho, soy hoy un ladrón. ¡Ah, si no mirara!

—Cálmate—dijo Claudio; se te hará justicia!

Jacobo prosiguió:

—Cumplí los tres años. Cuando salí, me esperaba el batallón correccional de África; la muerte ó poco menos; deserté, vine aquí y os encontré á vosotros. Mi vida estaba perdida. Yo era un buen muchacho y ahora soy un bandido por culpa de ese hombre. Pido su muerte.

Entonces Claudio preguntó al magistrado si Jacobo había dicho verdad.

—¡Perdón!—balbuceó, y esta vez sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Es inútil que llores—dijo Claudio—las lágrimas no te servirán de nada... ¡Yo también lloré delante de ti... ¡No te acuerdas? Hace ya seis años... Yo había robado leche y pan en una tienda para mi madre hambrienta y enferma; robé para ella algo que no valía ni diez perras chicas... No obstante mis ruegos, no obstante los testigos, no obstante mi buena conducta, no obstante mi madre que no tenía á nadie, tú me condenaste... ¡Si te conocí en seguida! Estuve dos años en la cárcel. ¡Por ti soy un miserable!... ¿Qué tienes que decir?

El magistrado se sintió perdido.

—¡Perdón!—imploró de nuevo—¡Perdón!—Yo no sabía... Todo lo que queráis... Yo os daré... Os juro que en lo futuro...

Claudio se dirigió al otro hombre.

—Juan ¿quieres defenderle?

Juan habió.

—Si no escuchase más que mi cólera, os diría que menos hablar y á concluir con

este criminal. Pero queremos y debemos ser justos, ¿no es cierto?... Vamos á ver si hay circunstancias atenuantes. Y las hay. Este hombre se ha criado entre gentes en que la sequedad de entrañas es general. Así ha podido creer que había dos castas de hombres: los señores como él, los esclavos como nosotros. Al juzgar á sus semejantes, lo que para un hombre que piensa y siente es un absurdo, para este era realizar una altísima misión. Cuando condenó á Jacobo, de cuya inocencia estaba persuadido, acaso comprendió que hacía mal, pero no se dió cuenta de que arruinaba una vida... Y lo mismo contigo, Claudio, cuando te sentencié... No es un innovador, sino un continuador. Ciertamente es responsable; pero no es él sólo; no es la excepción, sino la regla. Ha hecho de nosotros unos parias; ello es un gran crimen, por que podríamos ser hombres de bien, pero ¿valiendo más que él, más que ellos, vamos á ser tan despiadados como ellos?...

—¿Has concluido?—preguntó el presidente.

—He concluido—respondió Juan.

Se levantaron y deliberaron un rato detrás de la encina. Después se acercaron al magistrado y Claudio dijo:

—Por mayoría te hemos declarado culpable, y, por tanto, te sentenciamos á muerte...

El Sr. del Pie quiso levantarse, intentó gritar y cayó de bruces. Claudio le volvió.

—Sin embargo, con el consentimiento de Jacobo, cuyo verdugo has sido, el tribunal ha resuelto, aunque no seas digno de ello, aplicarte la «condena condicional». ¡Estás libre!... ¡Guarda tu dinero!... Corrígete, procura hacer el bien, si puedes, y no nos des las gracias. Tú no puedes comprender lo que hacemos contigo... Y sin mirarle siquiera los tres bandidos desaparecieron.

**

Al anochecer se encontró al magistrado atado de pies y manos bajo la encina; cuando le preguntaron no supo ó no pudo dar más que incoherentes detalles de la causa de encontrarse en aquel estado.

De suerte que el asunto no tuvo consecuencias para los tres hombres.

S. MARCIEN

Varias veces me he preguntado: ¿Por qué los curas, sabiendo que las almas salen del Purgatorio con misas y responsos, no las celebran y los recitan gratis?

¿Será por que el sacerdocio se ha convertido en un oficio, si no lo fué siempre, y cada cual debe vivir del suyo?

El P. Miguel Mir
y
SAN IGNACIO DE LOYOLA
Estudio histórico-crítico
de S. Pey Ordeix.
Un tomo de 206 páginas
UNA peseta.

LA RELIGION
AL ALCANCE DE TODOS
Una peseta

Leyendo Cánones

(CONTINUACIÓN)

esos escándalos en público. No diré que sean castos, porque no me consta, mas sí que son cautos por lo menos. Y algo es algo.

CONCILIO DE FRIUL O AQUILEA, *Forojuliense*, año de 791 ó 796.

El 1.º «condena la simonía, y prohíbe recibir cosa alguna por conferir las órdenes.»

— Señor obispo; quisiera ordenarme.

— ¿Cómo andas de fondos?

— Así, así... Tengo unas mil pesetas. (Ignoro la moneda que entonces se usaba, y por esto no la nombro. Como para el caso es igual.)

— Poco es; mas como los tiempos están malos, te ordenaré.

— Le advierto á usted que no sé latín.

— Entonces tendrás que aumentar algunas pelas más.

— Si me las diese á réditos el párroco...

— Con doscientas me conformo.

— Pues cuente usted con ellas. Ya las encontraré por un lado ú otro.

— Vuelve pronto, no sea que varíes de vocación.

— Pasado mañana estoy aquí.

— ¿Con las consabidas, eh?

— Por de contado.....

La condenación á los simoníacos lanzada en el canon anterior, acaso fuese dictada para impedir que pudieran sostenerse diálogos como el anterior, ó más naturalistas todavía.

El 6.º encarga á los Clérigos que, en vez de emplearse en la caza, en cantar canciones profanas, tocar instrumentos de música, y en otros pasatiempos semejantes, se dediquen con gusto á leer la Sagrada Escritura, himnos y cánticos espirituales.

Me horroriza pensar en el número de almas que cazaría Satanás mientras los clérigos andaban acechando conejos, ó arrancándose por peteneras, ó tocando la flauta. Perro que se ausenta del redil, sabido es que deja el camino franco al lobo. Lo que me parece de una suprema ironía, es que los Padres del Concilio encargaran á los clérigos que leyeran con gusto las Sagradas Escrituras. Leer, quizás las leyera alguno que otro; pero lo que es gusto...

El 3.º «expresa, que se abstengan especialmente del exceso en beber vino, só pena en caso de incorregibilidad de privación de su grado de honor.»

Para dictar el Concilio un canon

tan rajante, por fuerza debieron ocurrir casos estupendamente escandalosos. Un clérigo haciendo eses por aquí, otro tumbado por allá... Aquél dejando sin el santo sacrificio de la misa á los fieles por estar durmiéndola; éste realizando actos pecaminosos que en la completa plenitud de sus facultades quizás no intentara...

Comprendo la violencia que tendrían que hacerse los Padres del Concilio para declarar *ubi et orbi* que había muchos clérigos que se excedían en la bebida.

CONCILIO DE FRANFORT DEL MEIN, *Francofordiense*, año de 794.

El 16. «Se prohíbe al Abad exigir dinero por la entrada en Religión.»

Pensaba yo que únicamente los obispos practicaban la simonía, y veo por ese canon que también los abades. Nada como el dinero para igualar jerarquías y establecer entre hombres y hasta entre clérigos corrientes impetuosas de fraternidad cristiana.

SIGLO IX

CONCILIO DE AIX-LA-CHAPELLE, año de 802.

15. 16. 18. y 19. «Se prohíbe á los Sacerdotes el vivir con mugeres, salir por fiadores, litigar en Tribunales Seculares, llevar armas, entrar en las tabernas, y el blasfemar.»

Mujerigos, pleitistas, gentes de armas tomar, borrachines y blasfemadores... Si yo dijese hoy en un artículo contra los sacerdotes la quinta parte de lo que se decía de los antiguos en ese sólo canon, no eran muchas las que iban á imponérseme, si es que no me metían en la cárcel por primera providencia. ¡Felices tiempos aquellos en que los seglares, apoyándose en la opinión de los Concilios, podían decir todo lo vicioso y perturbador que los sacerdotes eran, sin que fuese un asqueroso miembro de una repugnante sociedad clericalasca á denunciarle al Juzgado municipal!

CONCILIO DE ARLÉS, *Arelatense*, año de 813.

El 7.º «ordena que se elijan sujetos de buenas costumbres y de edad madura para el servicio de los Monasterios de Religiosas; que los Sacerdotes que vayan á ellos á decir Misa salgan así que la hayan concluído; y que ningún Clérigo ni Monge mozo vaya á tales Monasterios, como no sea por motivo de parentesco.»

Quando el Concilio dispuso todo eso, sus razones tendría, sobre todo lo de que con el *ite misa est* en la boca saliese el celebrante de estampía hacia su casa, ó hacia la taberna, ó hacia un baile, ó hacia un teatro. Se conoce que en cuanto permane-

cían en el convento medio minuto después de acabado el santo sacrificio, ya no estaba segura monja ni abadesa. ¡Valientes en ciertas lides eran los clérigos de entonces! Casi tanto como los de ahora.

21. El Sacerdote que haya comprado su Dignidad ó su Iglesia, sea depuesto.»

Ignoro si ese canon sigue vigente, aun cuando sospecho que no, por no llegar á mi oído ni rumores de la deposición de ningún párroco, canónigo ni obispo.

25 y 26. «Los monjes y canónigos no serán vagabundos y no irán á las tabernas.»

La mano del progreso se ve en el segundo extremo, pues hoy no suelen ir los canónigos ni los frailes á las tabernas; sin que esto quiera decir que no sean aficionados al vino. En el primer extremo no se advierte diferencia alguna entre esas dos clases en el siglo IX y el corriente: siguen tan aficionados á no hacer nada.

El 18 «prohíbe, que los Abades mutilen ó hagan rebentar los ojos á los Monges por cualquiera falta que hayan cometido.»

No me atrevo á comentar lo de la mutilación; supongo cuál era el órgano que la sufría; y siempre fui enemigo de ofender el pudor de mis lectores. Respecto á lo del reventamiento de ojos, y por *cualquier falta*, ¿qué decir? Que habiendo venido Cristo á la Tierra á abrir los ojos de los hombres á la luz de la verdad, los Abades del siglo IX se los reventaban á los frailes para que no la divisaran, cual si los considerasen indignos de verla. ¡Pobre de aquel que por aquellos tiempos no supiese tocar la guitarra, pues no podría tocarse nada si se viese mutilado y sin ojos!

El 19 «prohíbe, que los Clérigos y Monges vayan á beber á las tabernas.»

Aquí se ve que el Concilio no les prohibía precisamente que no se emborracharan: se limitaba á prohibirles que lo hiciesen en las tabernas. Mas ¡ay! se olvidaba de que en aquel siglo, como en los anteriores y posteriores, los clérigos, y aun los seglares aficionados al vino, tienen á orgullo y gala el que todos vean que lo beben. Unó de los encantos de la borrachera es lucirla.

El 20 «determina que el Obispo haya de saber los Cánones y lo perteneciente á su Ministerio.»

Ese canon nos dice claramente que no tenemos razón los que lamentamos que los obispos actuales

(Continuará.)

CONJUROS Y EXORCISMOS

POR

ROBERTO ROBERT

rey; y fué tomada en cuenta su declaración de manera, que habiendo ido S. M. el Sr. D. Carlos II á Alcalá y á Toledo, en donde visitó el verdadero cuerpo de San Diego y el retablo de la Virgen del Sagrario, se le puso en manos de otro médico, de quien el Demonio no tuviese nada que decir.

Declaró también que la primera persona que había hechizado al rey se llamaba Casilda López, y más adelante habiéndole conjurado en nombre de Dios y de San Simón, dijo que él cantaría de plano, pero que había de ser en la Iglesia de Atocha de Madrid y que el exorcista fuese el mismo vicario que le conjuraba en Cangas.

En este particular de que el exorcismo se verificase en Atocha bajo la dirección exclusiva del vicario, insistió mucho el Demonio, y el desinteresado vicario transcribía puntualmente sus palabras y las enviaba á la corte de Madrid, cuyos más encumbrados personajes tenían todos los sentidos puestos en el negocio de los hechizos del rey, de lo cual esperaban mucho así en la tierra como en el cielo.

Estas curiosas correspondencias se interrumpieron en el mes de Junio de 1699, en que Dios fué servido de llamar á su seno al inquisidor Rocaberti, no se sabe con qué objeto.

Pero esto no era motivo para que cesaran los discursos y conferencias sobre la grave y peligrosa materia.

El Padre Fray Mauro Tenda era una especie de exorcista de cámara de S. M. y le conjuraba en su gabinete particular.

El pobre rey apenas podía con su angusta calavera.

Bebía aceite y otras purgas, lo cual debería haberle aliviado mucho su alma; rezaba solícito el rosario, operación que tanto hacía engordar á los frailes, y á él parecía enflaquecerle más y más; asistía á las procesiones y á las corridas de toros; pero lo dicho, no se aliviaba.

Un día penetró de improviso en palacio una mujer endemoniada, hizo con universal asombro mil aspavientos y locuras propias, sino para hacer perder el alma, á lo menos para acabar con la paciencia de los

circunstantes, y hubo que echarla de allí por insustancial y alborotadora.

Pero se mandó averiguar su casa, y de orden del rey fué Fray Mauro á exorcizarla: prueba de la piedad de los monarcas que consienten que de un alma plebeya arrojen los demonios los mismos que cuidan de arrojarlos de las almas regias.

El religioso alemán se encontró con que aquella mujer vivía con otras dos, igualmente endemoniadas, y comenzó á trabajar en sus conjuros con cargo al presupuesto de la casa real, que lo cobraba de la endemoniada España.

Lo más importante que reveló el Demonio cediendo á la fuerza de aquellos conjuros fué lo siguiente:

Fray Mauro.—¿Quién hechizó á S. M.?

Demonio.—Una mujer bella.

Fray Mauro.—¿La reina?

Demonio.—Sí.

Fray Mauro.—¿Quién proporcionó el maleficio ó hechizo á la reina?

Demonio.—D. Juan Pália.

Fray Mauro.—¿De qué nación es?

Demonio.—De los allegados á la reina.

Fray Mauro.—¿En qué se le dió el maleficio?

Demonio.—En un polvo de tabaco.

Fray Mauro.—¿Ha quedado más?

Demonio.—Sí: está guardado en un escritorio.

Fray Mauro.—¿Qué reina le dió á S. M. los hechizos?

Demonio.—La que murió.

Fray Mauro.—¿Hay más maleficio del que digiste esta mañana?

Demonio.—Sí.

Fray Mauro.—¿Quién lo hizo?

Demonio.—Una mujer.

Fray Mauro.—¿Cómo se llama?

Demonio.—Maria de la Presentación.

Fray Mauro.—¿En dónde vive?

Demonio.—En esta misma casa, piso alto.

Fray Mauro.—¿Quién le mandó á esa mujer que hiciera el maleficio?

Demonio.—Doña Antonia de la Paz.

Fray Mauro.—¿Lo que se sacó del umbral de la casa de la calle de Silva, era maleficio?

Demonio.—Sí.

Fray Mauro.—¿De qué se componía?

Demonio.—De un hueso de perro.

Fray Mauro.—¿Cuántos años hace que se puso el maleficio en la calle de Silva? ¿Quién lo puso?

Demonio.—Antonio Cabezas.

Fray Mauro.—¿En dónde está?

Demonio.—En Berbería.

¡Cómo! El Diablo que antes había sido exacto como un libro de partida doble revelando lo mismo en

Alemania que en Cangas ¡ahora se contradecía!

¡Era cosa de mandar el Diablo al Diablo!

Desgraciadamente el Diablo es de aquellas cosas que aunque se tengan no se pueden dar, y sucedía entonces que en vez de dar diablos á nadie valía más pensar en librarse de ellos; pues tan revueltas andaban las cosas, que toda la corte estaba en potencia propinqua de endiablamiento.

Entró de inquisidor nuevo á despecho de la reina, el cardenal Córdova.

Conviene advertir aquí que la Iglesia católica siempre ha sido tolerante, pia y caritativa, y no ha tomado parte alguna en los rigores inevitables á que apeló el Santo Oficio.

Cierto que las Inquisiciones necesitaban bula del Pontífice para establecerse; cierto que para ser inquisidor se necesitaba indispensablemente bula del Pontífice; cierto que la Inquisición es gloria de Santo Domingo; cierto que los inquisidores fueron obispos, arzobispos, cardenales, ó frailes eminentes como Torquemada ó jesuitas como Nithard; cierto que era gente de la Iglesia católica la que examinaba, juzgaba, fallaba y llevaba todo el peso de las tareas inquisitoriales; pero la Iglesia, lo que entendemos por Iglesia, la verdadera Iglesia no se mezcló para nada en aquellos negocios.

Y aun los mencionados eclesiásticos, lo que hacían era inquirir, averiguar, poner en claro los pecados; pero cuando después de la prisión y el tormento confesaba el reo y estaba ya en buena disposición para la quema, los piadosos eclesiásticos lo entregaban al brazo seglar para el oportuno achicharramiento y se iban á rezar por su alma.

Decía, pues, que á despecho de la reina entró el nuevo inquisidor Córdova, y fué á despecho suyo, porque aquella femenil imagen de Dios había querido que fuese nombrado otro que metiera en la Inquisición al Padre Troilán, de quien sospechaba que hubiese inventado contra ella ciertas frases que se achacaban al Demonio.

El rey habló de sus hechizos al cardenal; el cardenal habló al rey de sus hechizos; el rey vertió llanto; el cardenal derramó lágrimas; el rey le dijo que fiaba en él y en el cielo; el inquisidor le replicó que en él y en el cielo fiase, y se despidieron prometiéndose que el uno rezaría por el otro, mientras el otro rezase por el uno.

